

sido la nacionalización de todo el trigo que había en Alemania (otro tanto ha hecho Austria), para evitar los abusos de los acaparadores y para que el ejército y el pueblo no coman más que la ración de pan señalada por las autoridades. Pero, de todas suertes, unos 100 millones de esterlinas—probablemente menos para estas fechas—, aunque sólo se inviertan en las necesidades más perentorias de un pueblo de 70 millones de habitantes, que en época normal importaba por valor de 500 millones de libras, no es fácil que alcancen á lo calculado por Holden. Además, Austria y Turquía necesitan también oro. Todos los pozos de energía de Alemania amenazan quedar secos.

EL ESPÍRITU SOCIALISTA

I

Los socialistas alemanes.

Nadie, fuera de ellos mismos, pretende defender á los socialistas alemanes. Al entrar en el Gabinete francés, Guesde, refiriéndose á los socialistas alemanes, dijo: "la solidaridad de los obreros no excluye el derecho de defenderse contra los obreros traidores". El órgano diario de los socialistas alemanes en Nueva York: la *Volkszeitung*, calificaba de "incomprensible" la conducta del partido socialista alemán al aprobar los créditos de guerra. Casi todos los socialistas del mundo han censurado á los alemanes que en 1914 no obraron como en 1870 Bebel y Liebknecht, los cuales se abstuvieron de votar los créditos de entonces; que hayan creído y propagado, como decía la declaración oficial de Haase el 5 de Agosto, que "Rusia había aplicado la antorcha á la casa"; que no protestaran contra la

invasión de Bélgica, sino, al contrario, la justificaran y quisieran justificar esta justificación Scheidemann en Holanda, Suedekum en Italia y Fischer en Bélgica. De Fischer son estas graves palabras: "El avance por Bélgica fué inevitable, por tratarse de una lucha de vida ó muerte. Cuanto se dice de las atrocidades alemanas es mentira. El ejército, una tercera parte del cual está formada por socialistas, está por encima de toda sospecha. Las represalias fueron debidas á los ataques traidores de los belgas."

Pero sería erróneo suponer que á todos los socialistas alemanes cabe la misma responsabilidad. Indudablemente, casi todos son por igual responsables desde el punto de vista histórico; sin embargo, en el plano moral, unos lo son más que otros, y algunos no lo son en absoluto. La unanimidad del voto de los socialistas en favor del crédito de guerra es una ficción, que sólo se explica conociendo el reglamento del partido. Este reglamento prohíbe que ningún diputado socialista vote en forma distinta que la mayoría parlamentaria. Esta disposición es común, implícita ó explícitamente, á casi todos los partidos políticos; pero el socialista alemán la aplica con rigor especial.

La verdad es que una tercera parte quizás hubiera votado contra el crédito de guerra, ó, por lo menos, se hubiera abstenido. No pudo ser más significativa la actitud de los dos diarios socialistas más leídos, el *Vorwärts*, órgano central del partido, y la *Volkszeitung*, de Leipzig. Unos días antes de estallar la guerra decía este periódico: "El Gobierno alemán intenta agitar al proletariado alemán para

una guerra contra Rusia por medio de una ideología desusada. Una guerra de la Europa occidental ó central no es ya en favor de la revolución, sino una guerra contra la revolución." La ideología aludida por el periódico de Leipzig es la creencia de Carlos Marx, en 1848, que una guerra contra Rusia, entonces la roca de la reacción europea, favorecería al movimiento revolucionario y al avance de la democracia en el resto de Europa. Pero, como el mismo periódico dice, esa ideología está ya en desuso, pues actualmente no es Rusia, sino Alemania la roca de la reacción europea, y resulta una verdadera tragedia ideal que los socialistas alemanes se hayan aliado á su Gobierno en nombre de una idea marxista que hoy sería el mismo Marx el primero en rechazar.

La actitud del *Vorwärts* ha sido aún más enérgica, antes y durante la guerra. El dijo que en Alemania se trataba mal á los prisioneros de guerra; á pesar de ser el órgano del partido, no dijo ni una palabra en defensa del grupo parlamentario al votar los créditos de guerra; al invadir los alemanes Bélgica sólo pudo escribir estas expresivas palabras: "Ahora que el dios de la guerra reina supremo, no sólo sobre el tiempo, sino también sobre la prensa, no podemos decir acerca de la invasión de Bélgica lo que quisiéramos"; al declarar Italia su neutralidad, mientras el resto de la prensa alemana colmaba de insultos á su antigua aliada, él la defendió.

El mismo día, 3 de Agosto, que el grupo parlamentario aprobaba el crédito de guerra, el *Vorwärts* publicaba un violento artículo contra el "pa-

triotismo" y los "patriotas" que repentinamente se sentían guerreros en favor de "la libertad contra el czarismo". En ese artículo se ridiculizaba á los políticos alemanes que, después de haber simpatizado durante años con la barbarie rusa y de haber perseguido á los socialistas alemanes por "ofensas" contra el czar, se habían convertido de pronto á las antiguas ideas de Marx, Engels y Bebel. Pero, á juicio del *Vorwärts*, las condiciones habían cambiado radicalmente. Rusia no es ya el baluarte de la reacción, sino el país de la revolución. Un intenso movimiento revolucionario dominaba internamente á Rusia poco antes de estallar la guerra, la cual, lejos de dar más vida á ese movimiento, ha vigorizado el czarismo. El "padrecito de San Petersburgo, exclamaría (prosigue el *Vorwärts*): "Eso es lo que yo necesito. Ahora que los socialistas alemanes llaman al pueblo á una guerra con Rusia, se le ha roto la espina dorsal á mi peor enemigo, el movimiento revolucionario. Aplastada está ahora la solidaridad internacional de la clase obrera, y así se me presenta una oportunidad de reavivar el nacionalismo patriótico ¡Es toy salvado!"

Estas palabras del *Vorwärts* y, en general su actitud durante toda la guerra, nos indican el estado interno del partido socialista alemán más que todos sus votos unánimes y sus manifiestos oficiales. Más que la disciplina vale en este caso la salvación de los principios ideales. Esta guerra ha demostrado que en el gigantesco partido socialista alemán hay una mayoría que sobra en él, que no tiene su lugar adecuado en él. Liebknecht, Rosa Luxemburg, Le-

debour, Bernstein, Mehring, algunos más, los mejores del partido socialista alemán, todos en grado diverso, se han erguido en el océano de locura germánica como islotes que recuerdan la continuidad del mundo obrero.

II

La salvación en el socialismo.

Con [esa] incapacidad humana para percibir con exactitud los] objetos de la experiencia diaria, los unos vamos diciendo con maligna fruición que la guerra ha]abierto una fosa insondable al socialismo, y los otros que el socialismo, terminada la guerra, emergerá triunfante de las ruinas de Europa. La verdad parece ser la negación de esas dos proposiciones: después de la guerra tendremos para rato régimen capitalista; pero éste, para salvarse, está recurriendo durante la guerra á un sistema socialista.

La guerra está siendo, pues, el triunfo del socialismo, y la paz será, probablemente, por un tiempo, el retorno á un régimen capitalista más exacerbado que antes. Como es natural, sólo me refiero á los países beligerantes.

Inglaterra es el país donde con mayor claridad se

manifiesta esta transformación revolucionaria. Al sonar la hora crítica, el Estado inglés adoptó medidas tan francamente socialistas como la socialización de los ferrocarriles y parte de la marina mercante, y semisocialistas, como la fijación de precios máximos á ciertos artículos de consumo y la adquisición de otros para lanzarlos como elemento regulador á los mercados. Nada se diga del doblamiento del impuesto sobre la renta, lo cual es también obra parcial de socialización. He aquí el triunfo del espíritu socialista: cuando la pugna de intereses entre individuos y grupos sociales pone en peligro los intereses comunes de la sociedad, el Estado coge en sus enérgicas manos los intereses opuestos y los dirige y administra en provecho común. Esta intervención del Estado implica dos supuestos: una mayor moralidad sobre los grupos de individuos y una mayor competencia. En el Estado inglés se dan estas dos condiciones, y de ahí su éxito estupendo como instrumento de socialización.

Pero este triunfo del espíritu socialista va á ser más claro, pleno, en la resolución tomada por el Gobierno británico. Ya se tiene noticia de la agitación obrera en Inglaterra, especialmente en las industrias que suministran armas y munición para la guerra. Los industriales recibían beneficios exorbitantes, de los cuales no querían hacer partícipes á los obreros. En consecuencia, hubo huelgas y cierres de fábricas. La situación no podía ser más crítica. Suspender la fabricación de armas y municiones equivalía, no sólo á prolongar la guerra, sino á dificultar el triunfo de Inglaterra. La lucha entre patronos y obreros ponía en peligro á la sociedad

inglesa, y el Estado, como representante suyo, intervino para salvar los intereses comunes.

He aquí la forma de su intervención. Por de pronto, se apoderó de la dirección de las fábricas que producen materiales de guerra como los indicados. Conservó el personal técnico, como es de razón; pero aumentó la producción en la medida que lo creyó necesario. Este era otro de los inconvenientes de que estas fábricas estuviesen por entero en manos particulares: los patronos se negaban á aumentar la producción en el grado requerido por el Gobierno, porque para ellos necesitaban, probablemente, maquinaria nueva, y su adquisición, siendo sólo para una producción temporal, no podría rendirles tan pingües beneficios como trabajando sólo con sus máquinas usuales. El Gobierno obligó á emplear cuanta maquinaria fuese menester.

Al mismo tiempo, el Gobierno puso un límite á las ganancias de los patronos, un máximo á sus utilidades. De esta suerte desaparecía el motivo fundamental del descontento de los obreros, que era el espectáculo de ver á los patronos ganando sumas fabulosas mientras ellos, los obreros, seguían sujetos á sus ínfimos jornales.

Pero puede acontecer que los obreros no crean justa la proporción entre la ganancia de los patronos y sus propios jornales. Esto es, puede suceder que los obreros amenacen con la huelga, no ya á los patronos, que pasan á segundo término, sino al Estado. Con el fin de evitar toda huelga, se constituyó un sistema de arbitraje para fallar con carácter jurídico sobre los conflictos que surjan.

“Yo no digo—explicaba á los representantes

obreros Lloyd George, el hombre de los momentos críticos de Inglaterra —que los trabajadores no deben quejarse nunca ni que no deban pedir nunca aumento de salario; no es ese nuestro caso. Nuestro caso (el del Gobierno) es que, mientras se resuelven las cuestiones en disputa, continúe el trabajo.“

También puede acontecer —lo señalaba Lloyd George en su discurso ante los representantes obreros—que obreros y patronos se coliguen para luchar contra el Estado, y, ante esa posibilidad, el Gobierno inglés quiso celebrar de antemano compromisos con industriales y trabajadores, para obligárselos á cumplir, en caso de necesidad, mediante la presión de la opinión pública.

Uno de los aspectos desagradables, aunque quizás necesario, de este proyecto, es la suspensión de una serie de leyes sociales que prohíben ó limitan el trabajo, tanto del hombre como de la mujer. En este sentido, volvemos á una época, ya pasada—en Inglaterra, por lo menos—del capitalismo.

Cuando termine la guerra, es probable que este retroceso en la condición social del trabajo deje efectos duraderos y que sea menester reñir nuevas batallas para volver á las condiciones existentes. Por esto decía al principio que la paz determinará, por algún tiempo, una exacerbación del capitalismo.

Pero esta obra de socialización que ha decretado el Gobierno inglés dejará también otras huellas profundas. Ante todo, será una alta lección práctica de cómo la salvación de una sociedad en peligro es el uso de medidas socialistas. Y una sociedad, no sólo está en peligro en tiempo de guerra. La lu-

cha, cada vez más enconada y gigantesca entre obreros y patrono—y fatalmente ha de ser así—, la lucha por medio de huelgas, cierres y levantamientos populares, crea cada día mayores peligros, que forzosamente han de obligar á los Estados á dirigir y administrar cada vez en mayor escala la producción nacional. Cuando los grupos de individuos están empeñados en una lucha irreconciliable y fatal para la comunidad —como ha sido el caso en Inglaterra —, no queda otro recurso racional que la socialización de los intereses en pugna. De este modo, cuando una sociedad capitalista llega á cierta madurez, no hay más que dos soluciones al conflicto de fuerzas opuestas; la disgregación social ó una síntesis superior de esas fuerzas.

La guerra es, pues, un triunfo del socialismo. pasajero, es verdad, y causa probable de una mayor exaltación capitalista al término de la guerra; pero ahora se vislumbra diáfananamente el proceso de su necesidad y ahora se va á ver—se está viendo ya—si los Estados no pueden revelar mayores poderes de organización y competencia que los individuos ó grupos particulares.

III

La inmersión en la guerra.

Hay en todos los partidos socialistas del mundo, sin excluir al español, una tendencia á juzgar la presente guerra de un doble modo extremista: de una parte, están los que opinan como si la guerra no existiese; de otra, los que parecen olvidarse de la existencia del socialismo. En rigor, parece como si cada una de ambas actitudes fuese una reacción de la otra: como si á los que quieren colocarse fuera de la guerra les moviera á ello el espectáculo de muchos que están demasiado dentro de ella, y como si á los que están muy metidos les hubiera empujado adentro el pirueteo en el vacío de los que se esfuerzan en quedarse fuera.

Ambas actitudes, á mi juicio, son, como extremistas erróneas. En esta guerra no puede uno colocarse ni fuera, ni por encima, ni por debajo, ni al lado de la misma. Hay que pensar y reaccionar dentro de ella, no tan adentro, sin embargo, que

uno no vea lo que había antes de la guerra ni lo que debe haber después. Es una guerra que afectará hondamente á la política y á la economía del mundo; modificará las condiciones ideales y materiales que envuelven nuestras vidas. ¿Cómo contentarnos, pues, con ser espectadores pasivos y decir que esa guerra no nos interesa porque es una guerra capitalista? Es como si en medio de un terremoto, mientras se bambolea la casa en que vivimos, dijéramos que no nos interesa, por tratarse de un fenómeno natural insuficiente para despertar la curiosidad de nadie que no se dedique al estudio de la geología.

Tenemos que ser agentes, actores en esta gran guerra; nadie que tenga sentido histórico puede quedarse en el anfiteatro vociferando contra los que representan el bárbaro drama; todo el mundo está obligado á decidirse por un papel ú otro. Hay dos razones para ello. Una es una razón de origen y otra una razón de finalidad. Originariamente, la guerra es una infracción de las bases en que se asienta la gran familia de los Estados europeos. Si un capitalista, movido por la envidia ó por el deseo de reducir el número de sus competidores, ataca con un puñal á otro capitalista, no decimos que sólo se trata de una riña de capitalistas, indiferente para la clase proletaria. El agresor, antes que capitalista, es un hombre que viola la paz civil, fundamento de toda sociedad humana; todos los hombres tienen el deber de evitar su agresión, y si no lo logran, de evitar por lo menos su reincidencia; otra cosa sería el retorno al estado natural, á la lucha perpetua, á la guerra perenne.

Así en los Estados. En toda guerra hay siempre un agresor. Acaso en el fondo de su agresión lata alguna injusticia cometida con él por los demás Estados; acaso su móvil sea inferir una injusticia á los demás Estados. También en un crimen individual puede haber un fondo de injusticia cometida con el individuo por otro ú otros individuos ó por la sociedad entera; esto podrá servir de atenuante, mas nunca de absoluta exculpación. Tampoco un Estado debe agredir á otros Estados, y si lo hace, todo hombre y todo Estado al que gué un principio de justicia básica, el principio de la paz internacional, debe ponerse frente al Estado agresor para paralizar su ataque y, si esto no es posible, para evitar la reincidencia.

Muchos de nosotros, después de estudiar serenamente las circunstancias iniciales de esta guerra y sus antecedentes históricos, hemos llegado al convencimiento de que la agresión partió de Alemania. Por eso estamos frente á Alemania. Su derrota sería el triunfo del principio de la paz internacional, sería el triunfo de la idea de una sociedad de naciones, del mismo modo que la captura y reclusión de un criminal individual es el triunfo de la idea de una sociedad de hombres.

El triunfo de la idea de una sociedad de naciones no es una abstracción jurídica, sino una realidad muy concreta; no sólo salvamos la idea social internacional, sino que se hace posible un desenvolvimiento progresivo de ambos tipos de sociedad: la de naciones y la de hombres. Condición de nuestras luchas sociales, del progreso social, es la paz; la guerra paraliza el desenvolvimiento interior, me-

por dicho, le hace dar un inmenso salto atrás. De ahí que los que combatimos por el progreso social estemos al lado de los que luchan en defensa propia ó en defensa de la paz común; de ahí que veamos en Alemania la causa del alto y del retroceso social que ha determinado, y determinará aún más, esta guerra.

Los adversarios de Alemania defendemos, pues, la *paz universal* y el *progreso social*. Pero defendemos algo más. Defendemos las *condiciones* de nuestra lucha social. Da la coincidencia de que el sistema político de Alemania es más desfavorable al progreso social que el de Francia é Inglaterra. El triunfo de Alemania sería una extensión de su sistema político á los países dominados por ella. En Inglaterra y Francia hay libertad de lucha, hay posibilidad de evolución. Dentro de la autocracia prusiana el pueblo no tiene otro medio de salvarse que la revolución violenta. En Inglaterra y Francia el pueblo vive en condiciones materiales tan malas como en Alemania; pero hay esta diferencia: que en aquellos países hay como una ruta abierta, ilimitada, para ir adelante, en tanto que en Alemania todos los caminos aparecen cerrados; es como una gran jaula donde al león se le permite fabricar cuevas y hasta la ficción de hacer presas, pero teniendo en torno de sí poderosos, formidables barrotes. El león popular, en Inglaterra y Francia, no está enjaulado, le cercan fuerzas armadas que vigilan sus movimientos; pero el cerco tiene escapes que le abren un horizonte infinito y en último término nada le impide saltar por encima de los guardianes que le acorralan. En suma, las condiciones de la lucha

social en Inglaterra y Francia son para la clase obrera más favorables que en Alemania. Por esto también deseamos que el sistema político alemán no se extienda sobre Europa, como ocurriría en caso de triunfo.

Todas estas razones nos impiden quedarnos idealmente fuera de la guerra. Pero también tiene sus peligros meterse en ella demasiado, como les ha ocurrido á muchos.

IV

Nueva táctica contra la guerra.

Tan malo como quedarse idealmente fuera de la guerra es sumergirse ciegamente en ella; tan nocivo como negarse á reconocer las diversas realidades nacionales que forman el fondo de la guerra es olvidarse de toda idea internacional. Ya se empieza á hablar de socialismo nacionalista—la vieja idea de Lassalle—de un socialismo en que por encima de los intereses ideales y materiales del proletariado del mundo entero se yergan los intereses de cada nación con su secuela de grandes aumentos en los ejércitos y las marinas de guerra. Del mismo modo que hay socialistas que extreman ahora, durante la guerra, su internacionalismo, hay otros dispuestos á extremar, después de la guerra, su nacionalismo. Los primeros prescinden de toda idea jurídica entre los pueblos, de toda noción de justicia ó injusticia en las relaciones y conflictos inter-

nacionales; los segundos renuncian á toda idea moral que pueda ser raíz de nuevas y más fecundas relaciones jurídicas. Ambos errores revelan una carencia de espíritu histórico.

Ahora que estamos dentro de la guerra, es menester tomar la parte más justa ó, si se quiere, menos injusta: por el momento, dejamos en suspenso nuestro internacionalismo; pero cuando pase la guerra, es necesario ser más internacionalistas que nunca, más pacifistas que nunca, más idealistas que nunca. Después de la guerra, vendrán para la gran familia proletaria universal amargos días de recriminaciones mutuas; laboriosa, penosa, desesperante será la tarea de soldar de nuevo la cadena rota del internacionalismo obrero. Pero cuando esta labor previa se realice, la conciencia internacionalista brotará más vigorosa, más clara, más imperativa. El pacifismo obrero no será, como hasta ahora, puramente verbal, inofensivo, *pacífico*, sino violento, revolucionario. En vez de manifestaciones tranquilas y de exaltaciones meramente retóricas en el mitin y en el periódico, habrá que recurrir á la conspiración, al tumulto, á la revolución, á cuanto haga falta para impedir á los gobernantes el quebrantamiento de la paz del mundo. Y si algún inepto teorizante alemán replica que hoy es imposible una revolución, porque basta una ametralladora en la boca de una calle para barrer mortíferamente á una muchedumbre, se le contrarreplicará que á una ametralladora se responde con otra y que la clase obrera podrá revolucionarse armada con los armamentos más perfectos.

Lo primero que debe de hacer la clase obrera de

Europa —por lo menos la de Europa— es juramentarse para no permitir que unas naciones aumenten sus armamentos con grave peligro para otras y que se apoderen de territorios coloniales con perjuicio de otros países. Si la clase obrera de un país se niega á declarar por todos los medios la guerra á una política futura de armamentos y colonias, se la excluirá de la gran familia proletaria y se tomarán severas medidas con ella. El internacionalismo no será sino una vana abstracción mientras los diversos grupos nacionales que lo integran —los europeos especialmente— no acepten con entera lealtad los siguientes compromisos:

1.º Todo partido socialista recurrirá á cuantos medios de violencia sean posibles para impedir que aumente los armamentos el gobierno de su país respectivo.

2.º Todo partido socialista combatirá por cuantos medios de violencia sean posibles cualquier política de expansión colonial. Esto no quiere decir que los partidos socialistas dejen de reconocer la importancia para la economía del mundo de explotar territorios dotados de riquezas naturales. Los partidos socialistas reclamarán con toda energía la internacionalización de todos aquellos territorios ultraeuropeos que hoy son motivo de ambiciones y codicias encontradas.

3.º Todo partido socialista se comprometerá solemnemente á resistirse por cuantos medios de violencia sean posibles á que su Gobierno respectivo envíe un ultimatum á ningún otro Gobierno, y en caso de declaración de guerra, á tomar las armas. Esto es lo que debió haber hecho el partido socia-

lista alemán. Si alguna nación tiene compromisos de alianza con aquella que es la primera en enviar á otra un ultimatum, su partido socialista respectivo se resistirá por cuantos medios de violencia sean posibles á que el Gobierno se haga solidario de la nación agresora, y si no puede evitarlo, se negará á tomar las armas. Esto es lo que debió de hacer el partido socialista de Austria. Esto es lo que en parte hizo el partido socialista italiano. En cuanto á los partidos socialistas de las demás naciones—incluyendo á la agredida, á las aliadas á ella y á las neutrales—apoyarán resueltamente á sus Gobiernos respectivos para repeler é invalidar la agresión. Los partidos socialistas de los países neutrales, considerando que la paz es un derecho de todos y que todos están obligados á restaurarla á la mayor brevedad haciendo que la agresión fracase rápida y absolutamente, iuducirán á sus Gobiernos á intervenir del lado del país agredido, con objeto de acortar la guerra lo más posible y consolidar más firmemente la paz y el derecho internacionales. En caso de una guerra, esta política de la Internacional obrera determinaría estos tres efectos:

1.º En la nación agresora y sus aliadas se crearía un estado revolucionario que anularía ó debilitaría la agresión.

2.º En la nación agredida y sus aliadas se produciría un estado de vigorosa unanimidad suficiente para esterilizar la agresión.

3.º La intervención de los neutrales—el ideal es que no hubiese neutrales—sería más probable en favor del país ó países agredidos y así la agresión tendría, por lo tanto, más improbabilidades de éxito.

Una política de este género hubiera producido en la guerra actual las siguientes consecuencias: Alemania y Austria no hubieran tenido un pueblo unánime, lo que quiere decir que su fuerza agresiva hubiera sido mucho menor; Francia, Inglaterra y Rusia hubieran mostrado más decisión desde el primer momento, lo que quiere decir que su fuerza defensiva hubiera sido mucho mayor; los países neutrales, los más importantes por lo menos, Italia, España y los Estados Unidos, por ejemplo, hubieran intervenido quizás en favor de los aliados, lo que quiere decir que la derrota de los agresores hubiera sido más segura y rápida.

En suma, he aquí las dos consecuencias finales de una política internacionalista así:

1.ª Una guerra de agresión tendría cada vez menos probabilidades de éxito.

2.ª Esto disminuiría y probablemente haría desaparecer las guerras.